



De fronteras y puertas a la Montaña chiclera al sur de Yucatán

Gilberto Avilez Tax

El siguiente artículo se desprende de una investigación de largo aliento que realicé sobre la villa de Peto¹, un pueblo que pasó por avatares diversos a partir del inicio de la Guerra de Castas, la prolongación de ésta durante más de cincuenta años de la segunda mitad del siglo XIX, y las reconfiguraciones espaciales, territoriales y socioeconómicas ocurridas en una centuria. De ser frente pionero del azúcar, la guerra mermó en todos los sentidos a estos pueblos del sur y solo con el periodo chiclero hubo un cierto despegue económico durante la primera mitad del siglo XX.

En ese sentido, este texto, que se ha escrito basado en fuentes periodísticas, bibliográficas y, primordialmente, en historias orales de viejos chicleiros de la región de Peto, intenta dar una mirada al paisaje chiclero que se presentaba desde esta sureña “puerta a la Montaña chiclera”, muy distinto al paisaje que durante esos años de flujo y reflujo “revolucionario”, se logra observar desde los contrafuertes de la “ciudad letrada” meridana.²

1. Cfr. Avilez, 2015.

2. *Mis críticas a esta historiografía regional que se concentra en las ciudades “centrales” de la península, la he establecido en Avilez (2015, pp. XXVI-XXVIII), donde establezco que el desdén historiográfico meridano por estos “márgenes” territoriales podría, incluso, considerar hasta “descriptivo” y “plano” un análisis salido desde aquellos espacios supuestamente sin relevancia para la gran obra historiográfica regional. Haciendo la crítica a la “institución histórica”, Certeau escribió la correlación de los “espacios muertos de erudición” [en el ejemplo yucateco, las zonas depauperadas de la segunda mitad del XIX como el Partido de Peto, o su secuela durante el periodo del chicle], es decir, “ni los objetivos ni los lugares de la investigación”, con el “enriquecimiento económico” [en este caso, el noroeste henequenero yucateco, un espacio vivo de erudición] que “crea hoy topografías y selecciones históricas” (Certeau, 2010: 78).*



Las primeras noticias del chicle para la villa de Peto las tenemos desde fines del siglo XIX. En 1895, en el otrora Partido de Peto se habían producido 560 arrobas de chicle.³ En años posteriores, esta nueva industria extractiva capitalista, al mismo tiempo que acrecentaría cada vez más la invasión de los montes de los mayas rebeldes con sus contratistas y chicleros en el siglo XX (Ramayo, 2014), modificaría de igual forma la vida cotidiana en este antiguo pueblo de frontera.⁴

Peto fue una de las puertas donde se internaron, al principio por tierra y luego por avionetas del chicle de la Compañía Aérea de Chiapas a partir de 1937, los chicleros que se desperdigarían a lo largo de la “Montaña chiclera”, en esos “montes altos” del oriente y sur de la península de Yucatán. Peto era el último pueblo del sur donde en 1900 había llegado el tren, el mismo que años después serviría para enviar a Progreso y de ahí a Estados Unidos, las marquetas del chicle procesadas en los hatos y centrales chicleras del territorio de Quintana Roo. Nombres como Armando Medina Alonzo, dueño de la hacienda Santa Rosa y posteriormente político encumbrado de Yucatán, o Antonio Baduy Badías (1883-1959), oriundo del Monte Líbano afincado en Peto desde principios del siglo XX y que comenzó de buhonero y luego se hizo socio de “los gringos” para la explotación chiclera, eran vecinos de estos rumbos del sur y fungieron como los personeros de las firmas norteamericanas (Avilez, 2015, p. 561).

La imagen que podemos bosquejar de los chicleros en la villa de Peto, o si se quiere, la imagen que nos logra transmitir la documentación periodística que va de 1925 a 1950, así como las historias orales trabajadas, puede ser la siguiente: cada año, a inicios de mayo y antes de las primeras lluvias, al principio los “tuxpeños” y luego los chicleros de Peto en la década de 1940⁵, y de otros pueblos de

3. *Boletín de Estadística*, 15 de abril de 1895.

4. AGEY, PE, Caja 765, sección Gobernación, serie Correspondencia Local, 1923.

5. La memoria oral de los petuleños cuenta que el impulso para ir a la “chiclería” de los renuentes milperos a dejar su milpa, se debió a una serie de plagas (langosta, lluvias malas, ratones, tres años de sequía) que se presentaron en el pueblo a fines de la década de 1930 y principios de la siguiente. Cfr. Avilez (2015).

la región y los que venían de otros estados de la república, se contrataban en las casas de comercio locales de los contratistas del chicle. Algunos, los mejores chicleros, eran hasta muy solicitados por sus servicios.

Generalmente, estos chicleros en los meses de la “seca” –de febrero a mayo- se contrataban como madereros o cortadores de maderas preciosas para los trabajos del “benque”. Pero, para mayo, la temporada del chicle iniciaba con este “enganche” entre los chicleros y los capataces, que eran los encargados de ver por los intereses de los “patrones” en la montaña chiclera. Antes, a principios de año, los contratistas habían obtenido una concesión federal de las autoridades forestales con un número de hectáreas determinadas para su explotación, y los capataces ya habían llevado a sus “monteros” a la búsqueda de los zapotales, donde el agua y partes secas de terreno no podían faltar: el agua para los trabajos del chicle y para chicleros y bestias; y las partes secas para crear los campamentos móviles. Después, mediante los arrieros, las mulas de carga, las famosas arrias saldrían del pueblo cargadas de latería, maíz y otros implementos, rumbo a las centrales chicleras principales como la Ceiba, Lirios, Central Flores, Poluinkil o Kilómetro 50. Para cuando comenzaron a llegar los aviones de Francisco Sarabia a Peto en 1937, en varias de estas centrales chicleras, hombres emprendedores como Antonio Baduy, Armando Medina o Rafael Sánchez Cervantes, harían pistas de aterrizaje con los dó-

lares del chicle, en plena selva quintanarroense.

Los chicleros, tuxpeños al principio, mayas y mestizos por igual a la vuelta de las décadas, iban a estas casas comerciales y se “contrataban”, es decir, se endeudaban con los “anticipos” de dinero. Y para un día de mediados de mayo o principios de junio, al caer las primeras lluvias, los chicleros, en grupos hasta de 20, emprendían el largo camino guiados por un arriero que conocía todos los vericuetos y laberintos de la Montaña chiclera. Caminaban y se internaban cada vez más a una selva húmeda, penumbrosa, hacia “el corazón de la montaña” (Martínez Huchim, 2013).

En los hatos y las centrales de la Montaña chiclera

¿Y cómo era la Montaña Chiclera que recorrían estos “gambusinos de la selva”? Una imagen aérea de ese territorio selvático fue contemplada en 1950 desde un avión Douglas por un reportero que hizo la ruta desde Mérida hasta Chetumal. A los 30 minutos de vuelo el avión se encontraba sobre Peto y un poco al sur de la villa se contemplaba con claridad la sierra Puuc que venía de Campeche y que servía como un contrafuerte a la feracidad selvática del territorio de Quintana Roo. Aquí, pocos kilómetros al sur de Peto, comenzaba la Montaña: “Volamos ahora sobre regiones boscosas y no se ve, en todo lo que abarca la vista, ningún rastro de vida humana como sembradíos o ranchos, solamente árboles, millones



de árboles” de esa “zona salvaje, explorada únicamente por chicleros y madereros [...]” (Marí, 1950:4).

Y en el suelo, caminando entre los cada vez más corpulentos árboles, estos chicleros –tuxpeños, yucatecos, campechanos, del centro del país, de Guerrero, de Tampico, Michoacán y Tabasco- tal vez vieron a esa selva quintanarroense de bosques todavía vírgenes hasta bien entrado el siglo XX, como lo vieron Sánchez y Toscano en la segunda década de ese siglo: casi vacíos, cruzados sólo por los mayas rebeldes que igual participarían en la

explotación del chicle, y ahora por los chicleros, repleto sus suelos de vahos y fangos por las persistentes lluvias, con pocas claridades solares, “y en donde el murmullo de las hojas agitadas por el viento” producían el efecto de riachuelos (Sánchez y Toscano, 1918:22).

Después de Peto, donde se encontraban las casas comerciales de los contratistas y subcontratistas, la segunda escala de los chicleros eran algunas de las centrales. En ellas, los chicleros llegaban en arrias o posteriormente en aviones. De este segundo punto partirían a montear la selva a la redonda si el capa-

Cuadro 1. Lugares del chicle en la frontera y la Montaña chiclera oriental de la Península (1920-1950)

a)	Peto (Lugar de salida por avión y ferrocarril de las marquetas de chicle).
b)	Chemax (Lugar de concentración del chicle).
c)	Valladolid (Lugar de salida por avión y ferrocarril de las marquetas de chicle).
d)	Leona Vicario, antes Santa María. Central chiclera.
e)	Álvaro Obregón, el viejo Mengel. Central chiclera.
f)	Payo Obispo (Lugar de salida del chicle por vía marítima).
g)	Kilómetro 50. Central chiclera, sitio de almacén del chicle de los contratistas afincados en Peto.
h)	Felipe Carrillo Puerto. Central chiclera, sitio de concentración para enviar el chicle a Vigía Chico.
i)	Vigía Chico (Lugar de salida del chicle por vía marítima).
j)	Chacchoben (central chiclera).
k)	Nohbec (central chiclera).
l)	Puerto Morelos (Lugar de salida del chicle por vía marítima).
m)	Cozumel e Isla Mujeres (Lugares de salida final del chicle hacia Estados Unidos).
n)	Progreso (Lugar de salida final del chicle hacia Estados Unidos).
o)	Los Lirios (central chiclera con pista de avión).
p)	Poluinkil (central chiclera con pista de avión).
q)	Santa Rosa (Latifundio de concentración del chicle, con pista de avión).
r)	Nohsayab (central chiclera con pista de avión).
s)	Central Flores (central chiclera con pista de avión).
t)	Om (central chiclera con pista de avión).
u)	Icaiché (central chiclera con pista de avión).
v)	Cobá (central chiclera con pista de avión).
w)	Tulum (central chiclera con pista de avión).

Nota. Elaboración propia.

Lugares del chicle en la frontera y la Montaña chiclera oriental de la península (1920-1950).



taz o los monteros no lo hubieran hecho, o serían dirigidos de forma directa a los zapotales que entraban en un radio cercano o lejano de la central chiclera, fuente esta última de víveres y de provisiones para los hatos chicleros.

En un punto entre la central y los zapotales, construirían sus hatos, tercera escala de los chicleros (la última escala serían los troncos y ramas del zapote). ¿Y cómo se hacían estos hatos? Las champas, una especie de *pasel*⁶ de las milpas mayas, eran pequeñas chozas individuales o colectivas plantadas alrededor de las aguadas y eso era, a grandes rasgos, el hato chiclero, el campamento móvil en medio de la selva.

“Como el lejano Oeste”

¿Cuál fue el significado del periodo del chicle en una villa de Peto que durante la segunda mitad del siglo XIX fue considerada como un “di-que” a las arremetidas de los mayas rebeldes, en la Guerra de Castas Prolongada (1850-1901)? Podemos responder que las subidas y bajadas a la montaña chiclera les dio un auge a estos pueblos fronterizos, muy similar a lo que García Márquez (1986) escribe en su libro *La hojarasca*, cuando la fiebre del banano “arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma, esparció en las calles su confusa carga de desperdicios...Hasta los desperdicios del amor triste de las ciudades nos llegaron en la hojarasca”, como la hojarasca del chicle. Un literato, Ramírez Aznar, en la década de 1940 dio una estampa de ese Peto chiclero:

Peto era como el Lejano Oeste. Alcohol y dinero. Era un centro chiclero. No había carretera. Se llegaba en tren, nada más en tren. Cada veinticuatro horas llegaba con viajeros y dos veces por semana, otro con carga que iba a recoger maíz y algunos productos a Peto. Ahora no va ni uno. Los agricultores se convirtieron en chicleros por el dinero fácil del chicle y abandonaron sus milpas. Cuando bajaban a Peto se emborrachaban en las cantinas, se peleaban a machetazos. Perjudicó mucho el dinero fácil a Peto (Ramírez Aznar, 1997).

En el camino del chicle se formaron varios pueblos de Quintana Roo

Podemos decir que entre 1925 y 1950, aunque la población “campesina” viviendo en la villa de Peto era considerable, mucha de esta tenía

6. El *pasel* es una palabra maya que significa choza, caseta o cobijo rústico de un alero o dos, sirve para refugio temporal.



Trimotor "El Burro" en el campo de aterrizaje –posteriormente, campo Francisco Sarabia- al sur de la Villa de Peto, en 1939. Archivo Fotográfico de Arturo Rodríguez Sabido.

al chicle como su forma permanente de vida. A principios del siglo XX, muchos "tuxpeños" y personas del interior de la república, repoblaron de nuevo los pueblos perdidos cuando la Guerra de Castas, como Dzonotchel, Sacalaca y Sabán. Posterior a 1950, otros chicleros, pero oriundos de Peto y sus pueblos comarcanos, al regresar anualmente a sus lugares de origen por los caminos de la chiclería, en varias ocasiones se encontrarían con un pozo o una aguada, y formarían ahí nuevos centros productivos donde cultivarían la tierra, y sus productos serían vendidos o en Peto, donde tenían sus familias, o transportados en tren rumbo a Mérida. En una década se formaron, en el camino de Peto a Felipe Carrillo Puerto, camino de las antiguas arrias, 20 nuevos núcleos de población como San Felipe Oriente, Barbachano, Kancabchén, Santa Gertrudis, La Presumida, Cafetal y Kilómetro 50 (hoy José María Morelos) (Mendoza, 2013:141). Así como Los Marqueteros, una rancharía fundada por el chiclero petuleño Francisco Poot Aké, o Naranja, población de Quintana Roo fundada debido a una aguada generosa encontrada por chicleros petuleños.

Podemos finalizar esta apretada visión del Peto chiclero citando un poema de la década de 1920, en el que se hace una descripción de la llegada al pueblo de los famosos chicleros que recorrieron toda la Montaña chiclera, y que algunos hasta sirvieron de avanzadas de los arqueólogos al encontrar *mules* en vez de zapotales y guiarlos hacia

ellos.⁷ En 1927, un tal Pablo García Ortiz, firmando desde Peto, escribió un poema a Los chicleros que seguramente observaba cada vez que regresaban de su travesía en la Montaña chiclera. Los chicleros, para García Ortiz, al bajar al pueblo, de “hoscos y agrestes” se transformaban en:

*Selváticos bohemios, al bajar al poblado,
dejan en la taberna, las cartas o en el dado,
lo que el hato produjo con peligro y dolor;
la guitarra es su amiga, el alcohol su consuelo,
y están toda la noche, bajo este hermoso cielo,
repitiendo sus coplas de tristeza y amor...
¡Oídllos qué contentos! Resuenan sus fanfarrias,
mientras descansa lejos, en el corral, las arrias...
(García, 1927).*

Conclusiones

Durante la primera mitad del siglo XX, pero con más énfasis a partir de la Primera Guerra Mundial y hasta el final de la Segunda Guerra, el ruido y furia del chicle se presentaría en la villa de Peto, una de las puertas a la Montaña chiclera al oriente de la península. Al principio, los que iban al chicle eran los famosos tuxpeños, pero luego varios milperos del pueblo, debido a una serie de desastres agrícolas como la langosta de la década de 1940,⁸ comenzarían a internarse a la Montaña chiclera cada año al caer las primeras lluvias.

Considero que un aporte presentado en este breve texto es señalar este tema del chicle, olvidado por la historiografía yucateca, y centrar la narrativa, no en lo que sucedió “en la Montaña chiclera” como frecuentemente se acostumbra, sino en tratar de dibujar una imagen de estos pueblos, antes fronterizos cuando la Guerra de Castas, que se convirtieron en chicleros durante poco más de la primera mitad del siglo XX.

7. Léase el homenaje que Thompson (2012: 55) realizó a los “célebres chicleros” que “empezaban a desaparecer de los bosques” en 1950 debido al invento de la goma sintética, y que eran de invaluable ayuda para el arqueólogo.

8. La langosta de finales de 1930 y principios de 1940 había causado muchos estragos en los pueblos de Yucatán. Para septiembre de 1941, el pueblo de Xcanteil había sido abandonado por los estragos de la langosta. RAN, Carpeta Ampliación (Inejecución), poblado Xcanteil, expediente 25/169, f. 22.



Arrieros de la región del KM 50, donde tenían sus almacenes Antonio Baduy y Roberto Vidal. Circa, 1940. Archivo Fotográfico de Antonio Blanco.

Bibliografía

AGEY, PE, Caja 765, sección Gobernación, serie Correspondencia Local, 1923.

Avilez Tax, G. (2015). Paisajes rurales de los hombres de las fronteras: Peto (1840-1940). Tesis que para optar al grado de Doctor en Historia. México, CIESAS.

Certeau, M. (2010). La escritura de la historia. Traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana.

García Márquez, G. (1986). La hojarasca. México: Editorial Diana.

Marí Pulido, S. (1950). El Territorio de Quintana Roo. Impresiones de un viaje (folleto). Mérida: Yikal Mayathan.

Martínez Huchim, A. (2013). Recuerdos del corazón de la montaña. Mérida: Sedeculta.

Mendoza Ramírez, M. (2013). "En busca de tierra. La migración

de mayas yucatecos a tierras quintanarroenses, 1940-1980", en Jesús J. Lizama Quijano (coordinador), Entre irse y quedarse...Estructura agraria y migraciones internas en la Península de Yucatán, Mérida, Editorial Letra Antigua, pp. 123-152.

García Ortiz, P. "Los chicleros". Diario de Yucatán. 27 de septiembre de 1927.

Ramayo Lanz, T. (2014). Política, economía chiclera y territorio: Quintana Roo 1917-1949. Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán.

Ramírez Aznar, L. (1997). Incidentes de un viajero yucateco. México, D.F: Paper, Pencil e ideas, S.A. de C. V.

RAN, Carpeta Ampliación (Inejecución), poblado Xcanteil, expediente 25/169, f. 22.

Rosado Vega, Luis. (1940). Un pueblo y un hombre. México. Mijares y hno.

Sánchez, P., y S. Toscano. (1918). Informe Rendido por la Comisión Geográfica exploradora en Quintana Roo al C. Secretario de Fomento. México: Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento.

Thompson, J. E.S. (2012). Grandeza y decadencia de los mayas, México: FCE.